

Para Giorgio Agamben las parábolas bíblicas sobre «la palabra del Reino», celestial, se entiende, son en realidad una enseñanza sobre la lengua; es más, atañen al «hecho de hablar». De tal manera que, en último extremo, considera que el verbo nos ha sido dado genuinamente como parábola. «Hacer parábolas es, simplemente, hablar», finiquita taxativo.

Frecuento la obra de este filósofo romano, profesor en Venecia, desde hace años. He disfrutado y aprendido mucho con alguno de sus libros capitales, como 'Estancias', 'Lo que queda de Auschwitz', 'Profanaciones', 'Homo sacer'... El que ahora nos ocupa, 'El fuego y el relato' (Sexto Piso) probablemente sea el último suyo en ver la luz, pues el original en italiano es de hace sólo dos años. Se trata de un manojito de tanto misceláneo de ensayos inéditos, salvo el que acomete, a partir de Gilles Deleuze, el acto poético como resistencia contra la muerte que nos acecha y la información que nos apabulla. A partir de la ecdótica, de una frase de Paul Celan en una carta a Max Frisch, del 'libro' de Mallarmé o el 'Monte Análogo' de René Daumal, se pregunta en nombre de qué se habla desde que los técnicos y expertos, «los astutos y los imbéciles» han suplantado a Dios en este menester. El pensamiento ingenioso de Agamben siempre tiene mucho músculo, su estilo es vivaz y sugerente, nunca recae en lo obvio ni transita por caminos trillados.

El escrito inicial, que da título al volumen, se abre precisamente con una especie de parábola, maravillosa, procedente de 'Las grandes tendencias de la mística judía' de Gershom Scholem, como prueba de que la literatura es lo que resta del misterio mítico, primordial y, al tiempo, es memoria de la pérdida, apreciación con la que no puedo estar más de acuerdo. Luego desarrolla el asunto de lo misterioso a partir del juicio a Eichmann («mysterium burocraticum»), de las alegorías bíblicas como discurso cifrado, de la alquimia o a través de la iniciación escrita, al modo de la catarsis eleusina, del diagnóstico iluminado de Rimbaud o la atención pura de Cristina Campo.

Siguiendo a Agamben, cabe considerar que la parábola es, en realidad, el modelo implícito de toda narración. Desde luego, con tintes visionarios, lo es de 'En lo alto de la torre' (Ardicia) de Albert Robida, novelista francés de finales del siglo XIX sin publicar aún, creo, en español. Escrita con mucha precisión y sorna, por su imaginación desahogada, no exenta de caricaturización, tiene un aire al Jonathan Swift

de 'Los viajes de Gulliver', si bien carece del aguijón satírico del británico, aunque deslice algunas pullas de crítica estética, social y sobre los adelantos técnicos al hilo de la chaladura del protagonista, a favor de vivir en contacto con la naturaleza por encima de todo y obcecado en poner huerto, corral y jardín en su residencia aérea.

Como en Swift, la ironía sostenida afecta hasta a los nombres de los personajes y de los lugares donde se desarrolla la acción. La novela arranca de la mano del vigilante de la torre de la alcaidía -cuatrocientos veinticinco peldaños, nada menos-, un hombre poco común, desde luego, porque es capaz de hacer cuatro cosas a la vez, a saber: ocuparse del mantenimiento de las campanas, avisar incendios, dirigir cuatro músicos tallados en madera encargados de dar las horas y guardar el archivo de la villa.

Pero la edad no perdona ni a los hombres más preclaros. Es ley de vida. Así que ante la confusión con que embrollaba sus funciones, los políticos de turno lo dan por jubilado y ocupa su puesto un sobriño suyo, que une a su escasa preparación el apego a empinar el codo. Dejo en manos del afortunado lector de esta 'nouvelle' hasta dónde puede llegar en sus extravagantes intenciones campes-teres, el dudoso porvenir de este antiguo recaudador de impuestos, oficio para el que no estaba hecho, pescador de caña, bonachón, panzudo y un punto tarambana, de su rolliza y cotilla esposa y su prole de siete retoños, viviendo de las arcas municipales en sus nuevos dominios a más de ochenta metros de altura, «suspendidos entre el cielo y la tierra».

Hace tiempo ponderamos mucho aquí 'La liebre con ojos de ámbar' (Acantilado). Con 'El oro blanco' (Seix Barral), publicada el año pasado, traducida ahora al español por un escritor de la categoría de Ramón Buenaventura, el alfarero y artista de instalaciones Edmund de Waal levanta otra obra espléndida de narrativa sin ficción, una minuciosa e intensa parábola sobre la luz y la blancura, la idea de lo blanco, que acerca casi a revelación de una manera portentosa.

Una parábola, en el fondo, sobre la pureza y también, al cabo, una forma de ir hacia sí mismo, de encontrarse, de expresarse. En la superficie del texto, el largo periplo, más bien peregrinación planificada, que emprende, a punto de cumplir los cincuenta, De Waal en pos del espíritu, del secreto de la porcelana, principia en Jingdezhen, en la provincia de Jiangxi, donde se encuentra -las otras tres están en Meissen, Alemania; Ayo-



Parábolas

Cuando fabular enseña

UN ÁNGULO ME BASTA

FERMÍN HERRERO





Copia de la Torá de finales del siglo XIII adornada con dibujos cabalísticos místicos, de origen español. :: EFE

ree en Carolina, USA y en Cornualles, el jabón de roca de su Ingaterra natal- una de las colinas blancas primarias

Rastrea hasta el agotamiento, más de quinientas páginas a calzón quitado, con una precisión impresionante, la historia de la porcelana, desde sus orígenes, que se remontan a hace unos mil años, a su composición, características, peculiaridades, producción, decoración... mediante una prosa hipnótica, entre el tratado y el reportaje, mezclando trazos autobiográficos con la exhaustiva indagación, más bien conversación, historiográfica, tal vez excesiva, bibliográfica e incluso geológica, sobre el terreno. El recorrido diacrónico incluye la basilica de San Marcos en Venecia, un monasterio del Tibet, el Versailles de la corte de Luis XIV, Dresde, la Florencia del Elba y sus espejos ustorios, el Plymouth portuario y cuáquero, la tierra de la nación cherokee, la Bauhaus... hasta el lager de Dachau o los desmanes de la Revolución Cultural.

De Waal es un virtuoso en el arte de aderezar y entretejer historias. Igual acude a Marco Polo, su ilustre antecesor en un modo de relatar animado, iridiscente, que a Leibniz, Spinoza o Swedenborg, tan queridos por Borges, o a los alquimistas, los mineros, los boticarios, los zahories o los vanguardistas. Con ellos, es una delicia sumergirse, entre cacharros, en el mercadillo de una remota ciudad china -un niño en cucullas 'vendiendo' cantos rodados-, recrear el motivo de la piedra filosofal o caer en un pueblo perdido, pongamos Franklin, de la América profunda, en la ruta 28, al pie de los Apalaches; hasta acabar con este obseso de la porcelana modelando arcilla y pensamientos en su taller del sur de Londres, «el blanco volviendo al blanco».

Escrita con el vértigo de lo vivido con intensidad, condensado, que sabe transmitir al lector con una viveza poco usual, 'Departamento de especulaciones' (Libros del Asteroide) disecciona una pareja desde el punto de vista de una chica especial, profesora de escritura como la autora, Jenny Offill, y puede también entenderse como una parábola certera de la azacaneada y sin asideros vida cotidiana actual, que sólo puede erigirse, como en esta novela, desde lo fragmentario.

Con mucha soltura en el estilo y una capacidad de síntesis portentosa, Offill reelabora, a modo de zapping, sus recuerdos. Es una evocación hecha pedazos, trufada de un pensamiento atomizado, que se apoya en citas, sembradas a veces a voleo, de una pléyade de grandes escritores: S.Weil, E.Dickinson, Zweig, T.S.Eliot, Kafka, Yeats, Rilke,

«Siguiendo a Agamben, cabe considerar que la parábola es el modelo implícito de toda narración»

«De Waal utiliza una prosa hipnótica, entre el tratado y el reportaje, mezclando autobiografía e indagación»

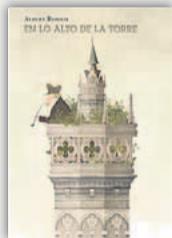
Coleridge... Y al tiempo, en un centrifugado muy contemporáneo, caben por igual chistes, mensajes de móvil, nociones de ornitología o de navegación espacial, test de personalidad, el estupor de madrugada en un hotel solitario, experimentos fotográficos, 'post-it' o un montón de datos científicos hartos curiosos.

Pero, a mi juicio, donde la novelista da lo mejor de sí es en el desglose de la relación amorosa que vertebra el texto, la maternidad, lo que cuesta criar a los hijos o el llanto y las pastillas en que desemboca el adulterio, con un amago de hacerse amish para superar el riesgo de casarse con un rubio de Ohio. Offill retrata a la perfección todo el dolor de las ciudades: «La vida es igual a estructura más actividad», sentencia. Estructura rota, quebrada, cabría apostillar.

No debe olvidarse que etimológicamente hablar viene de fábula y en italiano incluso de 'parabolare', esto es, predicar, como Jesús en los Evangelios, mediante parábolas, que en principio, dicho sea de paso, no entendían ni los apóstoles. El poder de las ideaciones parabólicas es enorme: las kafkianas, por caso, con su terrible profecía de los totalitarismos, son más elocuentes, dicen más que la Historia. En este orden de cosas, reflexiona Agamben, y poco más se me ocurre añadir: «Quien no ve y ama su lengua, quien no sabe deletrear la tenue elegía ni percibe el himno silencioso, no es un escritor». Por eso, para salir de la crisis recomienda a los editores dejar de mirar «las infames clasificaciones de los libros más vendidos y -presumiblemente- más leídos», difundir a los verdaderos escritores. Justo lo que intentamos desde estas páginas.



EL FUEGO Y EL RELATO
Giorgio Agamben.
Sexto Piso. 112 pág.
17 euros. 2016.



EN LO ALTO DE LA TORRE
Albert Robida.
Ardicia. 104 pág.
14,50 euros. 2015



EL ORO BLANCO
Edmund de Waal.
Seix Barral. 528 pág.
24 euros. 2016



DEPARTAMENTO DE ESPECULACIONES
Jenny Offill.
Libros del Asteroide.
172 pág. 17,95 euros. 2016